

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Febrero de 1887

Año II

N.º 14

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

DISCUSIÓN ALGÉBRICO-SOCIAL

Y A vimos en el artículo anterior que la fórmula del interés compuesto daba:

$$K = C \left(1 + \frac{i}{100} \right)^n$$

Vamos á interpretar en lenguaje matemático todas las aspiraciones burguesas y socialistas, para deducir sus consecuencias y ver al mismo tiempo qué valor debe tener i , esto es, el interés, en los distintos casos.

1.º *Solución economista*.— i es igual á una cantidad positiva; en este caso:

$$1 + \frac{i}{100} > 1$$

Entonces $\left(1 + \frac{i}{100} \right)^n$ crece indefinidamente con n y el límite de K es igual al infinito. Ya vimos en el artículo anterior lo desastrosa que es esta solución, así para los proletarios como para la clase media.

2.º *Solución moderada*.—Para que K no aumente, es preciso que la cantidad que está entre paréntesis sea constantemente igual á 1. En este caso $i = 0$; queda, por lo tanto, suprimido el tanto por ciento. A esta solución la hemos llamado moderada, porque no corrige los males existentes, evitando sólo la horrible catástrofe que ha de traer consigo en un porvenir no lejano la solución economista.

3.º *Solución evolucionista*.—Tiende á que en un plazo más ó menos corto desaparezca la desigualdad social; el límite de K habrá de ser igual á cero en este caso. Para lograrlo es preciso que

$$1 + \frac{i}{100} < 1$$

pues así: límite de $\left(1 + \frac{i}{100} \right)^n = 0$, y por lo tanto: límite de $K = 0$.

Pero $1 + \frac{i}{100}$ será menor que 1 cuando $\frac{i}{100}$ sea negativo; para lo cual es indispensable que i lo sea, esto es, $i < 0$.

Trasladado este resultado al lenguaje ordinario, nos dice que es preciso imponer á los capitales contribuciones proporcionales á su magnitud y mayores que su renta; en una palabra, dando á i un signo contrario al que tiene en la primera solución, se llega á resultados diametralmente opuestos. El límite de K era el infinito, y aquí este límite es cero. Buen método, pero muy lento.

4.º *Solución revolucionaria*.—Tiende á establecer el predominio del trabajo sobre el capital, considerando á éste como una simple consecuencia de aquél. Es evidente que en este caso debe desaparecer K , que

es el capital acumulado sin la intervención del trabajo, no siendo indispensable en todos los casos la desaparición de C .

Y aquí conviene demostrar matemáticamente lo equivocados que andan esos corifeos de la actual sociedad, cuando pretenden que la liquidación social trae consigo la muerte del capital, de cualquier índole que este sea.

En efecto, K es igual á un producto de dos factores: C y el binomio elevado á la *enésima* potencia. Para que un producto de dos factores sea cero, basta que lo sea uno de ellos, y si queremos no tocar á C , bastará que

$$\left(1 + \frac{i}{100}\right)^n = 0$$

Para esto es preciso que $1 + \frac{i}{100} = 0$, ó sea $\frac{i}{100} = -1$; de donde

$$i = -100$$

porque entonces

$$K = C \times 0 = 0$$

resultado que demuestra que K puede anularse, sin anular á C , é indica de paso la manera de llegar á este resultado, haciendo el interés igual al ciento por ciento pero negativamente.

Hemos expuesto las cuatro soluciones algébricas del problema, con sus correspondientes soluciones sociológicas. Escoja el lector la que más le acomode. En cuanto á nosotros, creemos ocioso declarar que la que más nos satisface es la solución revolucionaria.—T.

ACRATISMO SOCIETARIO

II

LA creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores determina el positivo despertar de las clases oprimidas. Así como con la Reforma se recabó el libre examen, y con la Revolución Francesa el derecho popular, con la Internacional se abrieron las puertas de la Emancipación humana. La clase más desvalida, con una abnegación jamás sentida ni practicada por las demás clases que han turnado en la dominación y gobierno de las sociedades, al concebir su redención inscribió espontánea y modestamente este gran principio de justicia: «Al reivindicar nuestro derecho, al proclamar nuestra emancipación, hacemos constar que no queremos privilegios de ninguna clase, ni aun para nosotros mismos. No más derechos sin deberes; no más deberes sin derechos.» Y la perfecta igualdad humana quedó sentada como ideal y como basamento de la futura sociedad emancipada, que el progreso se encargará de realizar en no lejanos tiempos.

Como todas las nuevas ideas tienen que abrirse paso á través de mil preocupaciones que informan las viejas teorías; así fué laboriosa en sumo grado la obra de la Internacional, para adquirir su natural desarrollo y arraigo en las masas. Pero también, comparada con otros ideales y organizaciones, se ve cuán rápidamente ha hecho su curso; y en esto debe reconocerse la bondad de sus doctrinas y propósitos, ya que sin esta con

dición no fuera posible tan acelerada marcha. Y es que lo más difícil es hallar la forma cabal, la idea de justicia; una vez en posesión de ella, se propaga con la velocidad del rayo, lo que no consiguen ideales mixtos ni embrolladas teorías.

Nada tiene, pues, de extraño, que desde 1862, en que se inició la Internacional, hasta la fecha, con ser tan corto el espacio de tiempo transcurrido, haya llegado su organización á un grado notable de apogeo, y, los ideales emancipadores que sustenta, desparramándose y arraigándose por todos los ámbitos de la tierra con creciente entusiasmo, alcanzando su plenitud y madurez, y haciéndonos concebir la esperanza del pronto triunfo.

Y hé aquí determinada otra etapa de la carrera emancipadora. Ya no conmueve á los pueblos la voz de la patria; nada significa el orgullo de raza; nos son indiferentes las arbitrarias y enormes nacionalidades; las federaciones y confederaciones políticas apenas si consiguen llamar nuestra atención; y todas, absolutamente todas las formas de gobierno, no son para nosotros más que los núcleos mantenedores de todas las injusticias sociales. Sólo la completa y radical emancipación humana nos absorbe, nos admira y nos entusiasma.

Por tanto, no tenemos ya necesidad de trabajar para desechar antiguas escuelas y sistemas. Únicamente se trabaja para perfeccionar nuestra obra.

El principio de solidaridad es practicado y sentido por todos los oprimidos de la tierra. Ya no se escapa frase de labios productores, no se escribe una sola línea en periódicos obreros, no se produce la más pequeña resistencia á la opresión, no se verifican grandes manifestaciones ni motines ni luchas, que no tengan y revistan ese espíritu generalizador, expansivo y emancipador que caracteriza la solidaridad universal de los arrojados del festín de la vida, y la unidad de redentores ideales.

No hay, pues, necesidad alguna de organización impulsora. La solidaridad es espontánea. La misión de la Democracia Socialista Universal, como propagadora de los principios de la Internacional de los Trabajadores, terminó, y ha terminado de hecho, ante los innumerables ecos de la prensa socialista que á porfía derraman la luz sobre todos los cerebros explotados. La Internacional misma se ha metamorfoseado tomando formas más propias; se ha ensanchado y purificado. Lo que podía considerarse peculiar de una asociación determinada, ha pasado á ser del dominio general. Lo que sintetizaba una agrupación más ó menos numerosa, sintetiza hoy la gran masa productora de todos los pueblos. Se ha entrado de lleno en la era revolucionaria, para que las revoluciones acaben, y la evolución humana se verifique pausada y pacíficamente con la unánime aceptación de todos. Esta es la obra de la revolución social que se divisa en el horizonte. No sólo nosotros la vislumbramos; la observan los más altos poderes y los más infelices seres humanos. Podrá suceder lo que se quiera, pero la emancipación humana se realizará.

Pero no nos adelantemos. Hagamos un poco de historia.

En el primer Congreso de la Internacional, celebrado en Ginebra en 1866, fué adoptado: defensa de los salarios; como fin, la supresión del salariado. Sanción directa del pueblo acerca de los impuestos directos é indirectos. Jornada de trabajo de ocho horas diarias. Condenación, en principio, del trabajo de la mujer y de los niños en las fábricas.

En el segundo Congreso, verificado en Lausanne en 1867, se declaró que «el Estado no debe ser más que el estricto ejecutor de las leyes votadas y reconocidas por los ciudadanos.» Procurar que el Estado sea el propietario de los medios de transporte y circulación. Establecimiento de una especie de Jurado popular, elegido por sufragio universal, para todos los delitos.

En el tercero, realizado en Bruselas en 1868, fué resuelto: que las minas pasasen á propiedad del Estado «regenerado y sometido á la ley de justicia,» y explotadas por compañías obreras, sin monopolio de ninguna clase, y, en igual sentido, se declaró la tierra, las vías de comunicación y los bosques.

En el cuarto Congreso, celebrado en Basilea en 1869, fué declarado que «la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad individual de la tierra,» y, en consecuencia, que ésta sea de propiedad colectiva; como complemento, abolición del derecho de herencia para asegurar la libertad del trabajo.

Y el quinto Congreso, que tuvo lugar en La Haya en 1872, fué notable por determinarse en él un marcadísimo progreso en los ideales de la Internacional, y, en consecuencia, en su organización; suceso conocido por la *división de la Internacional*.

Como hemos hecho notar, el basamento de esta Asociación fué bien concebido; pero sus ideales fueron algo vagos, como toda obra nueva. Por medio de los Congresos fueron determinándose, pero reflejando un sistema comunista autoritario, resabios de las antiguas escuelas socialistas; y, conforme con el principio del Estado, aunque administrativo, la organización sentía el peso del Consejo general, á manera de omnímodo poder que subyugaba todas las energías y voluntades; y que, en resumen, se sufría una tiranía, por más que fuese con el laudable fin de la emancipación social; pero que, por el solo mantenimiento del Estado en el programa, y la práctica del Estado en el Consejo general, corrompían el buen sentido revolucionario.

Pero como la inteligencia de los obreros fué despejada, como el hálito revolucionario se sentía por todas partes, como la sociología caminaba á pasos agigantados, y la gran concepción de la Anarquía había sentado sus reales entre los oprimidos, de aquí que surgiera un serio conflicto, que si fué aparentemente deplorable por romper la unidad de acción que la Internacional tenía para la lucha emancipadora, fué benéfico para el perfeccionamiento de los ideales que han de convertir al hombre en sér verdaderamente libre, digno é ilustrado.

Como debía de ser, la organización presidiendo el criterio comunista autoritario, gráficamente lo describe así un escritor socialista: «Los co-

munistas, como consecuencia lógica, tienden siempre á la centralización, á la unidad, bajo un directorio, un gobierno, una autoridad que se impone; y de aquí la tendencia á la dominación, á la opresión, aun juzgándolo de bueno fe.»

Correspondían, pues, los procedimientos ó conducta con las doctrinas que se sustentaban. O mejor dicho, se hallaban conforme con la época en que se inició la Internacional, con todo y ser tan admirablemente revolucionaria.

Pero como la obra del progreso es incesante, de aquí la manifestación de nuevos procedimientos é ideales en La Haya, y sucesivos Congresos, de cuyos trataremos otro día. — P.

LOS MONUMENTOS Y LA CLASE MEDIA DE BARCELONA

HASE dicho varias veces en esta *Revista* que la clase media está falta de ideales, que ha cumplido su misión, que está ya en plena decadencia. Y como si somos partidarios de la idea nueva que ha de suplantarse las de la casi impotente burguesía es por convicción y no por fanatismo irreflexivo, gustamos de apoyar siempre con datos las afirmaciones sentadas.

Por esto hoy dedicamos este corto espacio á apuntar algunas sencillas observaciones encaminadas á probar nuestros asertos.

Un celeberrimo y siempre mal traído italiano, Maquiavelo, ha escrito una verdad que está lejos de ser perogrullada, diciendo que para ver bien la montaña era preciso situarse en el llano, para ver el valle situarse en el monte; para ver los príncipes tales como son, no hay como formar entre el pueblo, y para ver el pueblo con sus cualidades y defectos, desde el sitio de los príncipes.

Así nosotros, colocados entre la *turba multa* del proletariado, vemos la clase media tal como es y no del modo que ella imagina y quiere ser.

Vémosla en el Ateneo Barcelonés, centro del saber en la capital de Cataluña, sosteniendo penosamente una discusión relativa al socialismo, en la cual todos los que en ella han terciado han dado inequívocas muestras de un atraso, falta de datos y desconocimiento del movimiento socialista, particularmente del de España, que no se explica en gente que presume de estudiosa, cuando la organización, ideas y movimiento socialistas de este país han tenido de continuo sus órganos oficiales ú oficiosos en la prensa semanal, con profusa circulación en toda la península, habiendo algunos de ellos llamado poderosamente la atención en elevadas esferas.

Y no tan sólo en el Ateneo vemos á la clase media jactanciosa é ignorante, sino que también observamos su estado decadente en la prensa diaria, la que brilla por lo trivial y falta de conocimientos especiales, semejándose no poco á las periódicos de lugarejo. Analizadas las personalidades que constituyen la *prensa* barcelonesa, sólo dos ó tres figuras se destacan entre la vulgaridad por tener caudal de conocimientos y criterio propio para aplicarlo á las cuestiones.

Pero lo que prueba la decadencia de la clase media es, además de su pereza intelectual, la vanidad que la distingue y que bien á su pesar está poniéndola de relieve en los momentos actuales.

Barcelona, desde algunos años, ofrece un espectáculo tal vez incomprendible para muchos, pero que una vez analizado se explica perfectamente, y nos demuestra ser un hecho la vanidad burguesa á que hemos aludido.

Tenemos aquí un movimiento llamado catalanista con ideales políticos anti-parlamentaristas, pero que habiendo pasado por un largo período de infancia dedicándose á literatura é historia, resucitó del olvido un montón de nombres ilustres en las letras y en las armas, á los cuales tanta veneración ha dedicado la juventud catalanista, que se han deseado y proyectado tantos monumentos como hombres célebres cuenta la historia catalana.

Como el catalanismo es la única aspiración seria de entre las modernas á que se haya acogido la clase media barcelonesa, resulta que es también el único movimiento y casi la única iniciativa burguesa de esta ciudad, aparte lo emanado de las esferas oficiales. Con lo cual parece que la corriente catalanista debe imponerse, particularmente en la cuestión de monumentos erigidos por la iniciativa no-oficial. Y, sin embargo, nada de esto sucede, á pesar de que el catalanismo cuenta entre sus adeptos á muchísimos hacendados y burgueses como Batlló y Güell y Bacigalupi.

Aquí donde hay tantos nombres históricos que aguardan hace siglos el día en que se les erija un monumento, donde hay tantos poetas, artistas y acaudalados que se saben de memoria aquellos nombres, y esperan con ansia ver traducido en mármoles, bronces ó piedra berroqueña la gratitud de la patria para con aquellas celebridades..., aquí sólo se erigen monumentos á la vanidad burguesa.

Murió un fabricante barcelonés con fama de bueno, honrado y sabio; hombre que representó en el Congreso á la escuela proteccionista, siendo el porta-estandarte de la misma. Se llamaba aquel fabricante Eusebio Güell y Ferrer. A éste se le erige un monumento en el cruce de la Rambla de Cataluña y calle de Córtes. Averiguados los méritos en virtud de los cuales se le honra de este modo, aun aceptando que fuese bueno y honrado, no hemos sabido ver en sus hechos ni en sus obras (1) otras cualidades que no tengan muchos hijos de madre.

El monumento se erige con los fondos recaudados por suscripción pública *entre los obreros*, según dicen los fabricantes; pero los hechos proclaman bien alto que el monumento se erige por voluntad de los burgueses que pretenden honrar la clase elevando sobre un pedestal la estatua de uno de sus representantes, tal vez el que reúne mejores condiciones de entre ellos, pero que si sus cualidades son suficientes á que se le levante un monumento, habrá muchísimos con quienes se cometerá la *injusticia* de no honrarles debidamente.

(1) Un tomo de trabajos sueltos, coleccionados bajo el título de *Escritos Económicos de D. Eusebio Güell y Ferrer*.

Otro monumento, proyectado y ejecutado estando aún calientes los restos del hombre á quien está dedicado, se levanta en la plaza de los Encantes. Cierto que el monumento es malo, pero no es menos cierto que, según opinión general, ni malo ni bueno se lo merecían los méritos de Antonio López y López, y habrá muchísimos que, mereciéndolo, según aquella misma general opinión, ni malo ni bueno lo tienen ni lo tendrán. ¿Quién fué Antonio López? Un afortunado que supo enriquecerse. ¿Qué hizo en favor del progreso ó de la humanidad? ¿A quién aprovecharon sus conocimientos?

Este hombre no tiene otros méritos que haberse creado una fortuna y haber sido por muchos años el ídolo sagrado de nuestros comerciantes.

Y hé aquí que Barcelona cuenta en su seno varios individuos no inferiores en bienes de fortuna y en méritos á López y á Güell. Tales sujetos habrán visto con buenos ojos la erección de aquellos monumentos, porque hallándose en igualdad de condiciones presumirán la posibilidad de ser ellos asimismo honrados á su muerte. Pero, como es natural, quedará á cada candidato la duda de lo que después suceda. ¿Y si luego no hay monumento?

En tal caso, disponiendo de recursos, para mayor seguridad no hay más que erigirse el monumento en vida y pagarlo del propio peculio. Mas queda un reparo: la clase media tiene á veces un resto de pudor, del mismo modo que en ciertos días nublados aparece por cortos momentos algún rayo de sol. Queda para resolver una cuestión de amor propio: el qué dirán las gentes. Pero la perspicacia burguesa no se queda corta y acuerda ampararse de otros monumentos en vías de construcción, ofreciendo su *generoso* concurso para rematarlos.

Y en tanto un capitalista, tan merecedor de monumento como López, ofrece un crédito en ciertas condiciones al Ayuntamiento para terminar el costosísimo monumento á Colón, obra que prueba que no hay entre los peritos quien calcule ni aproximadamente un presupuesto. Y no aceptando el Ayuntamiento la oferta, el rico banquero se da por ofendido y retira su amistad al alcalde presidente.

Otro capitalista barcelonés á quien no menos lógicamente correspondería monumento, procura por otro lado asegurar su inmortalidad ofreciéndose ante todas las autoridades de la ciudad á terminar la fachada de la catedral en breve plazo costeándola á sus expensas.

En esto invierte su actividad, su talento y sus intereses la clase media de Barcelona, como la de otros puntos.

No teniendo ideales con que terciar en las luchas del pensamiento, ni contando con hombres de verdadera talla á quien honrar, levanta monumentos á individuos que ninguna estela han dejado á su paso por la vida y se preocupa por embellecer catedrales. Aquellos hombres y sus monumentos ya han sido juzgados por la opinión pública, pero ésta aún va desviada en el asunto de construcción de la fachada de la catedral.

La prensa y los círculos barceloneses se preocupan sólo de si se adop-

tará este ó aquel proyecto de fachada y levantan la voz, porque, gracias á altas influencias, va á prescindirse de la tramitación acostumbrada, con intención, según se teme, de sacar á flote el proyecto menos simpático de todos, debido al dadivoso costeador de la fachada. Las corporaciones y prensa burguesas aceptarían gustosas la espléndida oferta y dedicarían bombos sin cuento al rico capitalista, caso de llevarse á cabo un determinado proyecto, que sin duda alguna constituye una obra de arte: el ideado por el arquitecto Sr. Martorell.

Sin embargo, de las cualidades artísticas de dicho proyecto y á despecho del entusiasmo que ha despertado, sólo vemos un dato más en favor de los asertos de ACRACIA relativos á la incapacidad de la clase media.

No es aventurado decir que la religión y sus monumentos no son ya de nuestra época. Las catedrales góticas, la misma arquitectura gótica, no son de nuestros tiempos. El goticismo no tiene razón de ser en el siglo XIX. En el terreno del arte admitimos que sea el estilo propio para una iglesia y comprendemos que no se emplee otro al levantarla de planta. Pero, aceptando el culteranismo de la gente ilustrada, no se comprende crean necesario en nuestros días completar un monumento como la catedral con un gótico que no será el gótico de la Edad Media.

De necesidad no debe serlo, cuando tantos siglos han pasado sin terminarse la debatida fachada, porque de ser necesidad sentida, de afectar al decoro del culto, ha de suponerse que la fachada en una forma ú otra se hubiera terminado. El cabildo catedral cobra un derecho por cada casamiento con destino á tal obra hace tres siglos. Y como no existe fondo alguno resultado de semejante tributo, ni tampoco existe fachada, claro es que los señores canónigos consideran esta parte del edificio como cosa superflua, no de utilidad. Viene á confirmar esta presunción la manera gráfica como «entre familia» llaman á los ingresos aludidos, pues es conocido el tributo por *dret de la tabola*, frase catalana tan gráfica como expresiva que parece encerrar un doble sentido epigramático.

Esta fachada, que el sentido común rechaza por estar fuera de tiempo y lugar, resulte ó no resulte monumental, preocupa altamente á buena parte de la clase media barcelonesa, que no es católica, sino escéptica, cuyos individuos, al hablar de tal proyecto se apasionan partiendo del supuesto que lo mismo da que sea obra de nuestros días como que se hubiese elaborado en pleno siglo XIV.

Y entre los más apasionados cuéntanse la mayoría de los catalanistas, de aquellos que entre los burgueses Güell y López y la fachada de la catedral se quedan sin monumentos para los hombres de la historia catalana.

Y no se nos diga que hay otros monumentos de creación reciente que no son burgueses y sí catalanistas.—En efecto: existe el de Aribau y se trabaja en el de Clavé.

Este último hay que descartarlo por ser producto de una suscripción verdaderamente popular que en toda ocasión hubiera producido buenos resultados, pues Clavé es una excepción entre los liliputienses elevados

sobre pedestal.—En cuanto al de Aribau es una prueba más de la vanidad burguesa.

Aribau fué un buen literato de nuestros días. Generalmente escribió sus producciones en castellano, pero para felicitar los días al potentado D. Gaspar de la Remisa escribió una poesía catalana que han dado en llamar *Oda á la Patria*, á pesar de consignarse en ella en tono nada serio «que nunca dejará de cantar la gloria de su amo» refiriéndose á D. Gaspar. Cuajó esta poesía entre los catalanistas, concediéndola una formalidad que no estuvo en la mente de su autor, y como el lenguaje de la misma es de lo más armonioso que se haya escrito en catalán, esto junto á los supuestos méritos de la preterida *Oda á la Patria*, que ni oda es, ha dado lugar á la erección de un monumento.

¿Por qué el catalanismo ó los catalanistas empezaron por Aribau á erigir monumentos cuando aún no los tienen Clarís, Fivaller, Ausias March, Viladomat, Capmany y tantos otros?

No creemos aventurado sospechar que habiendo entre los catalanistas muchos que no le van en zaga á Aribau en calidad y le superan en cantidad (que esto es bien fácil) por sus obras, habrán tolerado la erección del monumento por egoísmo individual, habiendo podido á tiempo poner las cosas en su lugar evitando el bochorno de semejante falta de sentido común que recae sobre cuantos tuvieron arte y parte en el monumento á Aribau.—C.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

II

EN mi primer artículo intenté demostrar que todas las manifestaciones de la humana naturaleza que se observan en la sociedad, hallan su expresión al realizarse en virtud de cinco elementos, que son: 1.º Tierra.—2.º Trabajo.—3.º Capital.—4.º Cambio.—5.º Seguridad mutua.

Procuré entonces demostrar, aunque no sé si lo conseguí, que tal fué el orden natural en que estos cinco elementos se presentaron al hombre, á fin de que pudiera pasar del estado de salvajismo al de la civilización.

Yo no pretendo que la humanidad ha llegado ya á un estado de desarrollo completo en lo que llamamos civilización; por el contrario: si observamos lo que á nuestro derredor ocurre, no dejaremos de percibir que se está representando una comedia fratricida en este pequeño «teatro de la vida,» que puede muy bien llamarse semi-bárbara. Cuando hablamos, pues, de la civilización del siglo XIX, lo hacemos sólo refiriéndola al barbarismo más acentuado de los primeros siglos; y cuando hablamos del siglo actual comparándolo con la civilización posible del porvenir, entendemos siempre, en absoluto, que hablamos del barbarismo del siglo XIX.

La tierra es la primera necesidad para que el hombre pueda existir. Nuestra definición de la tierra se recordará que es: «todos los productos de la naturaleza que existen sobre el planeta, desde el centro de gravedad hasta el espacio limitado por la atmósfera terrestre.»

Esta definición incluye naturalmente todos los productos minerales que encierra el seno de la tierra y todos los vegetales que nacen y crecen sobre el suelo. No hablaremos por el momento de la vida animal que se desenvuelve sobre la superficie de la tierra. No haremos de esto tema de debate, ni aun lo mencionaremos, por razones que á su tiempo hemos de consignar.

Es evidente, pues, que el primer elemento, la tierra, es necesario, preciso,

indispensable á la existencia y desenvolvimiento del segundo elemento, el trabajo. Porque sin la producción de la tierra, el trabajo es imposible. Sin los cereales, frutas y vegetales, el hombre no podría vivir ni trabajar, por tanto. Sin la madera de los árboles, no podría producir los artículos de utilidad y *confort* para su trabajo. Sin los minerales, el carbón, el hierro, etc., no podría producir esos innumerables objetos que traen tras sí las artes mecánicas y que han elevado á una potencia inconmensurable el desenvolvimiento industrial presente. De aquí que afirmemos que los productos de la tierra constituyen el *substratum* sobre el cual se realiza el trabajo.

La primera concepción que la naturaleza humana se formaría de la tierra — si estuviera libre de las preocupaciones de las leyes y costumbres pre-existentes — sería que constituía el producto de la naturaleza dispuesto para el uso de toda la humanidad y ser empleado con objeto de que se aumentase indefinidamente la felicidad general de todos los hombres, de acuerdo con los intereses mejores, más elevados y más nobles de la colectividad. Esta concepción parecería no solamente muy natural, sino también muy correcta. Si esto fuera así, es evidente que nunca se habría creído que la tierra fuera propiedad exclusiva de unos cuantos privilegiados; que nunca llegara á ser propiedad personal, riqueza individual, sino siempre riqueza natural, esto es, *propiedad colectiva*, riqueza social. Se deduce, pues, que el modo de ser actual de la propiedad de la tierra no es, en justicia, lo que los propietarios pueden reclamar como suyo propio y que lo poseen contra la concepción natural que corresponde á la existencia de la tierra. En una palabra, podemos afirmar que la tierra es monopolizada por unos cuantos privilegiados, por la clase de terratenientes, en detrimento de la mayor parte no privilegiados, el pueblo. Y es aún monopolio, cualquiera que sea su forma, la concentración de la riqueza en pocas manos, monopolio que origina la pobreza, la miseria y, sobre todo, el crimen.

Para evitar estos males se unen los trabajadores, se federan en asociaciones de oficio, y, sin duda alguna, para adquirir también un conocimiento concreto de las circunstancias que concurren en estos mismos males, procuramos estudiar y comprender claramente la causa de ellos. Por esto creemos también:

«Que sólo el bien es inmortal,
Y el mal no prosperará.»

Así, eliminando paulatinamente el mal es como obtendremos una perfección relativa.

Cuanto vienen al mundo y pueden aplicar su trabajo á la tierra para producir cosas útiles y satisfacer las necesidades de otros y las suyas propias, se ven en la imposibilidad de aplicar este segundo elemento, el trabajo, al primero, ó sea la tierra, porque ésta ha llegado á ser propiedad exclusiva de unos cuantos individuos. Así, pues, ellos monopolizan la tierra.

Es inútil discutir acerca de la manera como este monopolio ha llegado á realizarse. Basta decir que, ya fuera por la conquista, ya por la legislación, ya por compras á los indígenas de un país, mediante chucherías religiosas, como rosarios y otras, ya por el cultivo, el efecto para la sociedad es precisamente el mismo.

Notas americanas

Aquí hemos de interrumpirnos para consignar el hecho de que durante el año 1874 el Congreso de los Estados Unidos ha cedido á las empresas de ferrocarriles y otras corporaciones 200 millones de acres de tierra del dominio público. Y que además, en ese mismo año, estuvieron pendientes de discusión varias proposiciones de ley, cuya aprobación hubiera dado á los monopolizadores una adición de 150 millones de acres más. La actitud del Congreso en la ley donando las *tierras pantanosas y eriales*, y en otras varias leyes, evidencia sus tendencias monopolizadoras, á las que nos referimos simplemente, y dejamos al porvenir la execración de la memoria de los llamados *honorables* miembros del Congreso de los Estados Unidos de América.

Estas consideraciones muestran evidentemente cuán á la ligera es tratada la importante cuestión de la tierra por hombres que cuando menos se les supone en el pleno uso de su razón y de su reflexión, y qué poco estudiados han sido los intereses de las masas por los que se dicen sus representantes. Y todavía ante estos hechos se atreven á decirnos: «Emigrad al Oeste,» en tanto á nuestras mismas puertas hay millares de acres de tierra sin cultivar.

En 1870 ascendía á 1.013,037 acres la extensión de las tierras sin cultivar en el estado de New-Jersey, que es próximamente la mitad del area del mismo. En Pensylvania y New-York ocurre otro tanto. La más*lejana de estas tierras está á una jornada de diez á quince horas de los más importantes centros comerciales. ¿Por qué, entonces, hemos de recorrer miles de leguas, á gran coste, para hallar un hogar? ¿Para qué sino para satisfacer la codicia de las empresas de ferro-carriles?

Estos hechos prueban también que los monopolizadores de la tierra no tienen idea alguna de la función que aquélla desempeña en la economía de las sociedades; no reconocen que la tierra es un instrumento de trabajo. Y si nosotros investigamos las opiniones y teorías de los economistas, encontraremos que son incapaces de llegar á un pensamiento común sobre la cuestión.

Si, pues, las opiniones de los hombres que han consagrado al estudio de esta materia bastantes horas son tan encontradas, ¿no podemos nosotros concluir que sus premisas son falsas, y como obreros y productores, sin orgullo, presunción ni vanidad, estudiar la cuestión por nosotros mismos, establecer nuestras premisas y deducir nuestras propias conclusiones?

La tierra, decimos, es ofrecida por la naturaleza en beneficio de toda la humanidad, y de esto se deduce que los propietarios de la tierra, si bien la poseen en virtud de ciertos títulos de pergamino, no así porque tengan un derecho natural sobre ella. Por el contrario, es completamente razonable y lógico deducir de aquel monopolio, que si ellos para obtenerlo han apelado á la fuerza, al fraude ó á la astucia, no tienen más que un derecho de usurpación sobre la tierra. La naturaleza da la tierra á la humanidad y el hombre ha permitido á los monopolizadores apoderarse de ella. Cada hombre tiene, por tanto, un derecho natural á la tierra. Cuando los monopolizadores puedan enseñarnos sus títulos firmados por la mano de la naturaleza, entonces, y sólo entonces, nosotros reconoceremos que la usurpación y el derecho son una misma cosa y que, por consiguiente, aquellos pergaminos tienen alguna validez. En tanto, los rechazamos enérgicamente.

En cuanto á la propiedad de la tierra, los argumentos de todos los economistas se fundan en que es una simple y pura convención, «un monopolio tolerado en bien de todos.» Pero les falta probar que es, en efecto, en bien de todos, cuando la experiencia prueba que el «monopolio tolerado» es en provecho de unos pocos y en perjuicio de los intereses de la mayoría.

La crítica de los economistas

Permitidnos que por un momento y muy sucintamente veamos lo que dicen los economistas. Citaré de memoria, limitándome á su sentido y prescindiendo de las palabras con que puedan expresarse. Esto nos hará más fuertes en nuestra posición.

Juan B. Say dice: «Las tierras laborables ó arrendadas aparecen comprendidas entre la riqueza natural, puesto que no son de creación humana; la naturaleza las da gratuitamente al hombre. Como esta riqueza no es, como el aire y el agua, movable, sino que puede ser localizada, limitada y circunscrita, ciertos hombres se la han apropiado, con exclusión de los demás que dieron su consentimiento á esta apropiación (monopolio), por lo cual la tierra, que era un don natural y gratuito, se convirtió en riqueza social, por cuyo uso los propietarios deben pagar un tanto.»

Ahora se nos ocurre preguntar á propósito de la afirmación de Say respecto al consentimiento prestado por una parte del pueblo para la apropiación de la tierra por otra parte del mismo pueblo, ¿en dónde está la prueba de que semejante consentimiento haya sido otorgado? Tal concesión es simplemente supuesta.

Adam Smith dice: «En el cultivo de la tierra la naturaleza trabaja á la vez que el hombre, y aunque el trabajo de la naturaleza no cuesta nada, su producto es valuado tanto como el trabajo mejor pagado, y nosotros podemos considerarlo como el producto de esas fuerzas de la naturaleza que el trabajador cede al propietario por el uso de la tierra.»

¿Por qué, en nombre del sentimiento común, supone Adam Smith que el producto de las fuerzas naturales pertenece en derecho algo más al propietario que al trabajador?

Prestemos atención á lo que dice Sénior. «Los instrumentos de la producción son el trabajo y los agentes naturales. Más, habiendo sido apropiados

(monopolizados) los agentes naturales, los propietarios exigieron por su uso una renta, como recompensa á sacrificios no hechos por ellos, y que cobran los que ni trabajan ni ponen capital alguno. La única parte que ellos ponen, es la molestia de alargar las manos para recibir las dádivas de la comunidad.»

Hé ahí al primer economista que afirma que la tierra es monopolizada, que los propietarios reciben algo de que no dan equivalente alguno, y que la renta es, por tanto, una exacción.

Scrope se expresa así: «El valor de la tierra y la facultad de deducir de ella la renta, es debido á dos circunstancias:

»1.º A la apropiación (monopolio) de las fuerzas naturales.

»2.º Al trabajo aplicado á su cultivo y mejoramiento.

»Respecto al primer punto, la renta es un monopolio. Es una restricción del usufructo de los dones que el Creador ha concedido á la humanidad para la satisfacción de sus necesidades. Esta restricción solamente puede justificarse, en tanto cuanto sea necesaria al bien público. Cuando va más allá del límite natural, es preciso modificarla en virtud del mismo principio sobre que se funda.»

Si Scrope se dignara decirnos qué *principio* es ese que ha servido para establecer la renta, se lo agradeceríamos. Como no lo ha hecho, nosotros nos vemos precisados á suponer que la renta no implica principio alguno, sino que procede de la fuerza, del egoísmo y del capricho de los monopolizadores. Tiene su origen en la fuerza, no en el derecho; en el poder, no en principio alguno. ¡Los economistas que tales cosas escriben, mantienen y defienden la propiedad, el dominio exclusivo de la tierra! Nosotros podemos preguntarnos: ¿Hacen ellos esto de buena fe? Probablemente sí, mas es porque no pueden concebir un sistema económico mejor que el actual. Nosotros admitimos sin dificultad alguna que la tierra es un instrumento de trabajo ¿pero quién es el trabajador?

¿Es el propietario, quien por la sola virtud de su derecho de propiedad hace fecundo el suelo? En esto consiste el monopolio del propietario. Este no crea el instrumento, y sin embargo, exige por su uso el pago de una cierta renta.

No es mi propósito seguir á todos los economistas en sus esfuerzos por justificar la propiedad individual de la tierra. Sin embargo, no terminaré sin llamar la atención sobre la manera especial como Ricardo, que estableció la teoría de la renta en economía, expresa sus opiniones. Dice terminantemente:

«La renta es una porción del producto de la tierra que se paga al propietario por el privilegio de usar las cualidades productivas é imperecederas de la tierra, y su valor equivale al sobrante producido por el cultivo de los terrenos más áridos.»

Es decir, que en el actual estado de la sociedad, el propietario exige el pago de la renta por tres cosas distintas.

1.º Por la acción de las fuerzas productivas de la tierra.

2.º Por el aumento de valor dado á la tierra por los trabajadores que la cultivan y mejoran.

3.º Por el aumento de valor que á la tierra da la construcción de ferrocarriles, canales, caminos y otros medios de comunicación que hacen más fácil y más barata la distribución de sus productos.

Todas esas cosas no son resultado del trabajo de un individuo, el propietario; son resultado total del trabajo de la naturaleza y del hombre combinados, de las innumerables generaciones pasadas y futuras, y pertenecen, por tanto, á la sociedad en su capacidad colectiva; representan la agrupación de un vasto número de fuerzas físicas, intelectuales, sociales y morales, que han sido desarrolladas por la humanidad á través de las referidas generaciones pasadas. Permitir, pues, tal monopolio es el colmo del absurdo. Si la renta es necesaria, la sociedad es quien debe cobrarla, y aquélla formar parte del fondo común, en interés de todos y para el fomento de los trabajos de utilidad pública.

Aunque nosotros hemos hablado solamente de la tierra en relación con la agricultura, no hay que suponer que no exista igual injusticia en las ciudades donde la renta se paga por los edificios. Por el contrario, sobre este modo particular de la propiedad, deseo yo llamar vuestra atención con más empeño en adelante.

Los trabajadores han sido desposeídos de sus derechos, y el problema consiste en saber cómo podrá reconquistarlos. Nosotros no podremos resolverlo, en tanto no nos convenzamos de que la tierra es el primer *elemento* que ha sido monopolizado y que, por tanto, debe ser el primero también que recuperemos.

El objeto de este artículo, es precisamente demostrar que tal es la cuestión. Mientras no despejemos el camino, no llegaremos á la meta.

La razón de que los trabajadores no hayan conseguido su objeto, no estriba tanto en la necesidad de una concepción clara de sus fines como en el desacuerdo respecto á los medios para llegar al término de su obra.

Hagamos, como trabajadores, y en tanto cuanto nos sea posible, que el conocimiento del ideal sea cada vez más completo, y la unidad de los medios para conquistarlo mayor y más grandiosa.

MISCELÁNEA

EL 1.º del corriente comenzó en Barcelona la publicación del diario socialista *El Productor*, de cuyo artículo programa tomamos lo siguiente:

«El pueblo trabajador, inspirado por el conocimiento de su derecho, aleccionado por la experiencia y animado por las conclusiones de la ciencia moderna, renuncia hoy á la pasividad que le tenía postergado y reducido á la triste condición de masa explotable y dirigible, y viene á presentar sus principios, su línea de conducta y sus aspiraciones ante la opinión pública.

«La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos,» «no hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes,» «guerra al privilegio,» son los lemas del moderno socialismo, son los nuestros, é inspirándonos en ellos nos proponemos demostrar que existe, contra toda razón y justicia, un monopolio de la riqueza natural y de la riqueza producida por el trabajo; que los que de ese monopolio disfrutan han forjado una ley que les apoya, una fuerza que les defiende y una falsa filosofía con la que quieren justificarse; que los que por causa de ese monopolio sufren la explotación, la miseria y la ignorancia, deben emanciparse de él; que no puede haber justicia ni paz en una sociedad en que los derechos y los deberes no son perfectamente recíprocos para cada uno de sus componentes, y que el privilegio degrada al que de él disfruta y al que por él sufre.»

Estos principios y aspiraciones concuerdan exactamente con los que ACRACIA sustenta, y al verlos aparecer en la prensa diaria, en oposición á la vana fraseología y á los falaces sofismas de la prensa burguesa, sentimos inmensa satisfacción y felicitamos cordialmente á los compañeros que se han impuesto tan importante y digna tarea.

Cuando de la nada de sus recursos se elevan los trabajadores hasta escalar los más fuertes baluartes del capitalismo, hasta la prensa diaria, es señal que han llegado al grado de fuerza é inteligencia precursoras del triunfo.

Son elocuentes las siguientes cifras, tomadas de la obra de Laureano Gronland *The co-opérative commonwealth*.

Producto total de las industrias manufactureras en los Estados-Unidos:

En 1850	2,187.000,000 francos
— 1860	4,025.000,000 »
— 1870	6,550.000,000 »

Parte ó salario de los trabajadores

En número de	957 000	En 1850	1,187.000,000 francos
—	1.300,000	— 1860	1,895.000,000 »
—	2.000,000	— 1870	3,100.000,000 »

Parte de los capitalistas (intereses, beneficios, rentas)

En 1850	1,000.000,000 francos
— 1860	2,130.000,000 »
— 1870	3,450.000,000 »

Lo cual da

	Para el trabajo	Para el capital
En 1850	54 por ciento	46 por ciento
— 1860	47 »	53 »
— 1870	47 »	53 »

El salario anual medio por obrero ha sido

En 1850	1,225 francos
— 1860	1,450 »
— 1870	1,550 »

En tanto que el beneficio de los capitalistas por cada obrero ha sido

En 1850	1,025 francos
— 1860	1,625 »
— 1870	1,725 »

La severidad de los números nos ahorra el trabajo de hacer comentarios.

El censo de las fábricas de Sajonia es una prueba evidente é irrefutable de la absorción de la pequeña industria por la grande, y, por consiguiente, del aumento del proletariado.

Comparemos el censo de los años 1873 y 1885.

En 1883 había	241,291	obreros industriales
— 1885 »	284,533	»

Hay que observar que casi todos los ramos industriales van aumentando sensiblemente. En suma, el número de obreros industriales ha aumentado en dos años de 43,242, ó sea de 18 por ciento, en tanto que la población de Sajonia sólo ha aumentado en el mismo período de 2,69 por ciento. Los que han contribuído á aumentar el número de los proletarios son los pequeños industriales, y, sobre todo, los pequeños agricultores.

El número de establecimientos industriales, en cambio, ha disminuído, como se demuestra por las siguientes cifras:

En 1883 había	16,036	fábricas
— 1885 »	13,962	»

El número de fábricas ha disminuído de 20,74, es decir, de $\frac{1}{7}$, en tanto que el aumento de los obreros ha sido de 18 por ciento. En 1883 había 15 obreros por fábrica; en 1885 este número había subido á 20.

Esta absorción de la pequeña industria por la grande ha hecho un progreso gigantesco en dos años, progreso que se nota igualmente en todos los países en que domina la producción capitalista, lo cual es de buen agüero para el socialismo.

Los diputados socialistas del disuelto Parlamento alemán han dirigido un manifiesto á sus electores solicitando sus sufragios para las próximas elecciones. Consignan un programa medianamente revolucionario; pero como todo eso es inferior al poder del gran canciller, resulta que todos los esfuerzos socialista-parlamentarios son nulos ante el capricho de un hombre. Reflexionen sobre esto los partidarios del parlamentarismo socialista español.

BIBLIOGRAFIA

El conde Luis de Camors, por Octavio Feuillet. Es quizá la mejor novela de este autor y es también la que desmiente las tendencias que en él hicimos notar cuando nos ocupamos hace algún tiempo de *La Muerta*. La alta sociedad parisién, encarnada en el conde Camors, sirve de estudio á Feuillet. La religión del honor, pero de ese honor que considera á los demás esencialmente inferiores é insignificantes, que atropella la virtud y pisotea la honra, que olvida todas las consideraciones sociales, no basta á servir de código á un hombre. Hé aquí la conclusión de Feuillet y es concluyente. El hombre sólo puede regirse en el mundo por dos leyes, una falsa y otra verdadera: la de Dios y la de la Justicia. Si el conde de Camors hubiera puesto en lugar del código del honor, el código de la justicia, no pasaría su vida siendo un gran culpable. Feuillet parece volver los ojos á la Providencia, pero lo cierto es que en su novela no resultan mejores que el conde Luis, los que tienen toda su conciencia y su pensamiento puesto en Dios y en la religión. Al fin, como el mismo Feuillet afirma, el conde fué un gran culpable, pero fué también un hombre. Materialista por convicción, conocedor profundo de las ciencias, Camors cae en el escepticismo y sólo vive para una vana palabra: el honor. He ahí su falta. El que desprecia todas las preocupaciones, el que se eleva sobre las tonterías y falsedades de su época, no debe caer en una majadería mayor, como cae Camors. Pero es el hijo de su tiempo, es el parisién verdadero, el hombre de mundo, el político, el elegante, el galanteador eterno, y creyéndose emancipado no hace más que constituirse esclavo sumiso de las preocupaciones modernas, ridículas y vanas hasta la exageración. Bajo este concepto la obra de Feuillet es irreprochable. Describe su época maravillosamente. El vulgo tiene cabeza atea y corazón devoto; las clases elevadas le desprecian porque tienen cabeza y corazón ateos. Mas estas clases elevadas, instruídas, que monopolizan todas las ciencias, son á su vez miserables y pérfidas porque, infatuadas con su superioridad intelectual, comercian con sus opiniones y con las de los otros y son blancos ó negros según les conviene para endiosarse en el amor, en la política, en todas las manifestaciones de la vida social presente. Tal es el cuadro que Feuillet nos ofrece. Una sociedad esceptica, y por tanto corrompida, que necesita un ideal para regenerarse. Que Feuillet y los suyos vuelvan la vista á la idea gastada de las religiones, nos importa poco. Nosotros sabemos ya á qué atenernos. La Justicia es nuestro ideal.

Higiene de la alimentación de los niños, por Jaime Guerra Estapé.—En el prólogo consigna el autor su criterio y su propósito en las siguientes líneas: «He oído decir muchas veces que las reglas de la higiene sólo se establecen para los ricos, pues éstos son los únicos que pueden observarlas. Esta máxima del vulgo (la palabra vulgo en asuntos de medicina y de higiene de la infancia tiene más latitud de la que comúnmente se le concede) me ha movido á publicar este librito; en él procuro poner de manifiesto que las reglas necesarias para alimentar bien á los niños, además de ser asequibles á todas las fortunas, son económicas por muchos conceptos y su observancia requiere menos cuidados que las malas prácticas que se siguen».—Nos hubiéramos limitado á recomendar este trabajo como útil y práctico si no viéramos que la aceptación de la palabra vulgo, que el autor extiende benévolamente á muchos, le comprende también. Ya lo hemos manifestado en otra ocasión, la higiene no puede reducirse á dictar reglas generales para la conservación de la salud, sino que debe remontarse al conocimiento de las causas que impiden la inteligencia y la aplicación de dichas reglas, y si bien el Sr. Guerra parece más práctico que la generalidad de los higienistas, por referirse á una fase relativamente poco importante de la higiene, no deja de dar consejos impracticables para un número grande de familias. La explotación que pesa sobre el proletariado, diga lo que quiera el Sr. Guerra, al someter á las madres á las contingencias de las privaciones y la miseria, les impide emplear el conjunto de nimios cuidados que requiere la asistencia de los niños. Quedamos en que, á pesar de sus protestas, el Sr. Guerra ha escrito para los ricos. Esto no impide que declaremos que, si todos lo fuéramos y observásemos sus preceptos, disminuiría considerablemente la mortalidad infantil, y por ello aplaudimos su trabajo.

La Fugitiva, novela original de Jules Claretie, editada por «El Cosmos.» — Tenemos sobre la mesa este libro, dramático por excelencia, y aun vibran en nuestras arterias las sacudidas de un intenso sentimiento. Claretie, internándose en los barrios más miserables de Londres, ha puesto de manifiesto los dolorosos vicios de toda nuestra semi-civilización industrial, y ataca con mano firme las farsas piadoso-caritativas de nuestra hipócrita burguesía europea en las personas de los aristócratas ingleses. Una niña inocente que huye de su madre — una madre desnaturalizada que pretende venderla al dinero de un lord, — es recogida por un viejo mendigo, y la que huye de la lujuria feroz del aristócrata, va á encontrar refugio y defensa para su virtud y su persona en medio de un montón de harapientos, mezclados con bandidos y ladrones de oficio. Claretie nos ofrece á esta masa informe tal cual es: primero mendigos, después hambrientos y desnudos; luego, empujados por la necesidad, rateros, borrachos, y finalmente asesinos. El protestantismo inglés reparte libros para regenerarlos; la industria construye cárceles, casas-dormitorios inmundos é inspecciones de policía, pero nadie les dá pan ni trabajo: son honrados, y la sociedad les hace criminales; son buenos, y el mundo entero trabaja por convertirlos en malvados. Una vez conseguido esto, la sociedad los arroja á un rincón pestilente y allí viven como parias, amontonados, lejos del contacto del poderoso que teme su contagio. ¡Qué bellos sentimientos, qué hermosos corazones abriga la mayor parte de aquellos bandidos acosados por la justicia histórica y maldecidos por sus hermanos los hombres!

Dispensemos á Claretie algunos lunares de su obra, restos insignificantes de la preocupación burguesa. Su novela, aparte estos lunares, es un libro digno de ser leído, un estudio minucioso de los vicios de nuestra sociedad, una condenación terminante de cuanto hay de hipócrita y falso y pedantesco en la forma política, social y religiosa de nuestros pueblos civilizados.

Cuando una novela llega á nuestras manos y trata siquiera de corregir uno tan sólo de los mil y mil errores que nos rodean, puede contar seguro nuestro aplauso, porque damos al olvido cuanto de este fin se aleje, para alentar al que entra, ya sea tímidamente, ya con valentía, por el camino recto y franco de la demolición del error y la mentira.

Hé aquí por qué consideramos preferentemente los méritos de *La Fugitiva*.

Entre paysans, folleto de propaganda editado por nuestro colega *Le Revolté* de París. — Este precioso trabajo llena perfectamente su objeto, consistente en desvanecer todas las preocupaciones de los trabajadores del campo. Su lectura causa verdadera satisfacción al ver cómo va desarraigando una por una todas las supercherías con que las clases privilegiadas han enredado la escasa inteligencia de los rurales. Recomendamos eficazmente este folleto á aquellos de nuestros lectores que poseen el idioma francés.

LA DEMAGOGIA BURGUESA

LA Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo Barcelonés ha entablado una discusión sobre el socialismo. Inició los debates con una extensa memoria el secretario de dicha Sección, haciendo una historia del socialismo desprovista de toda realidad y una exposición de sus aspiraciones que, si no mereciera el calificativo de *inocente*, la calificaríamos de injuriosa, para terminar afirmando que el socialismo no puede armonizarse con el progreso moderno.

El Sr. Salas Antón combatió la memoria, declarándose partidario de lo que se ha convenido en llamar socialismo de cátedra, calificación que se da al conjunto de teorías que aceptan los pensadores, guiados por una aspiración de justicia, aunque desprovistas de calor y de vida, por cuanto se salen de la realidad de las cosas por el afán de inventar hipótesis más ó menos ingeniosas. Así, por ejemplo, acepta el orador la desposesión de los actuales monopolizadores de la tierra y de los medios de producir, pero quiere que la sociedad, reintegrada en el patrimonio universal, conceda una indemnización á los desposeídos. Los proletarios socialistas no podrán cumplir las promesas ni las esperanzas del Sr. Salas Antón, porque más íntimamente poseídos del sentimiento de justicia, no transigirán con el monopolio, el cual, por más que se haya perpetrado á la sombra de la ley, es una injusticia social y ha de desaparecer, y los burgueses que sobrevivan á la gran reivindicación social han de ponerse en aptitud de contribuir á la producción si quieren vivir, porque las bicocas habrán terminado. Por dolorosa que parezca la posición de éstos en aquellas circunstancias no será más triste que la de aquella multitud de trabajadores que se quedan sin medios de vida cuando se inventa una máquina, cuando hay crisis por exceso de producción ó falta de demanda ó cuando una compañía promueve un paro con el fin de rebajar las tarifas de la mano de obra, cosa que ocurre todos los días y produce la desesperación y la miseria de infinito número de trabajadores en todo el mundo civilizado.

Combatieron al anterior los Sres. Balagueró y Rahola llamándose individualistas, pero ambos tan poco conocedores del asunto que traían entre manos, que tan pronto hacían afirmaciones acráticas que no tendría inconveniente en suscribirlas el que traza estas líneas, como se entretenían en divagaciones sobre la acción paternal del Estado y la necesaria intervención de los poderes públicos sobre los actos más insignificantes de la vida. Convencidos de que el título académico que poseen y la posición que disfrutan les da competencia para todo, han hojeado varios libros, han tomado los datos y los argumentos que les han parecido de más bulto, y sin tomarse la molestia de adaptarlos á un criterio uniforme y racional, los han arrojado á guisa de proyectiles contra el socialismo, careciendo del juicio necesario para comprender que por su contradicción resultan completamente ineficaces. Parten de la preocupación, desechada ya por todos los obreros pensadores, de considerar á los capitalistas como representantes de la parte inteligente y directiva de la producción, y á los trabajadores como meras fuerzas materiales que contribuyen á ella de una manera secundaria, siendo así que la moderna ciencia económica demuestra que capitalista y productor deben ser una sola y única persona, y por consecuencia proclama la propiedad colectiva y clasifica como productores á todos cuantos en los diversos y múltiples ramos de la actividad humana contribuyen á la satisfacción de las necesidades del cuerpo social, desde las investigaciones del sabio hasta los más rudimentarios trabajos de la agricultura. Ha dominado en dichos señores la idea de presentar á las socialistas como guiados por una aspiración sensualista, inspirados por la envidia y desconocedores de toda noción de justicia, y con tanto apasionamiento y tan garrafales contradicciones han probado que nuestras universidades, esos establecimientos donde la burguesía enseña y aprende la ciencia á medias, se dan diplomas y derecho de ejercer profesiones científicas, pero no está probado que se dé la aptitud necesaria para ejercerlas.

En las rectificaciones trataron de sacar todo el fruto posible de los argumentos de su contradictor, pero á pesar de haber tenido todo una semana de tiempo, cuando menos, no llegaron á hacer maravillas.

Lleno de fogosidad presentóse el Sr. Domenech, y, aunque tuvo la precaución de advertir que no se proponía hablar á la inteligencia, sino al sentimiento, todavía nos fué preciso contenernos para no dar rienda suelta á la hilaridad, al ver aquel derroche de elocuencia para embellecer vulgaridades, lugares comunes, disparates y todo cuanto puede decir el que se propone *echar discursos* sin estudiar ni meditar lo que dice.

Continúa la discusión, y si en sesiones posteriores no se eleva, aquel centro artístico, científico y literario quedará acreditado de club demagógico burgués. — L.

Tipografía LA ACADEMIA, de 'a Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.